

Esta es una pequeña muestra
del libro *Reactividad*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“El evangelio de Jesucristo tiene el propósito no solo de llevar nuestras almas al cielo, sino también transformar nuestro comportamiento aquí en la tierra. Y, en un sentido más profundo, tiene como propósito transformar nuestros deseos, actitudes e instintos. Incluso tiene como propósito transformar nuestras reacciones y respuestas ante quienes se nos oponen, están en desacuerdo o pecan contra nosotros. En este oportuno libro, Paul Tripp nos llama a reaccionar ante el caos que nos rodea de una manera específicamente cristiana, que contrarreste la toxicidad que existe en lo profundo de nuestro corazón y nuestra cultura. Si atendiéramos a su llamado, el mundo sería bendecido, la iglesia se fortalecería y el Salvador sería glorificado”.

Tim Challies, autor de *La gran iglesia global*

“En este útil y oportuno volumen, Paul nos ofrece un modelo tan necesario para el uso de la tecnología que no solo evita el pecado, sino que también promueve la verdad, la belleza, la bondad y el amor en un espacio que, de otro modo, sería hostil. Recomendando *Reactividad* sin la menor duda”.

Scott Sauls, pastor principal, *Christ Presbyterian Church*; autor de *Jesus Outside the Lines* [*Jesús fuera del molde*] y *Beautiful People Don't Just Happen* [*La gente hermosa no es casualidad*]

“Cada día nos encontramos interactuando en un campo minado de ira en el entorno virtual. Pero ahora nuestro amigo Paul Tripp nos ayuda a abandonar esa ‘cultura de reactividad tóxica’ y a dirigirnos hacia una comunidad edificante que vive en correspondencia con Jesús. ¿Qué podría ser más atractivo, o urgente?”.

Ray Ortlund, presidente de *Renewal Ministries*; autor de *El evangelio: cómo la iglesia refleja la hermosura de Cristo*

“Paul David Tripp afirma que desconectarse de Twitter no te liberará de reaccionar con enojo. La forma polarizante en que nos comunicamos se ha filtrado de las redes sociales a nuestra familia, comunidad e iglesia. Con sabiduría y gracia, Tripp traza un camino

desde la reactividad llena de frustración hacia una comunicación centrada en el evangelio. Si bien este libro beneficiaría a cualquiera, lo recomiendo especialmente a cualquier líder cristiano que use redes sociales”.

Sarah Eekhoff Zylstra, coautora y editora de
Redime tus redes en un mundo “insta”

“En una época de interacción ajetreada y a menudo irreflexiva a través de las redes sociales, Paul Tripp nos ofrece una pausa centrada en el evangelio. Anima al lector a detenerse y reflexionar sobre el testimonio de un cristiano a través de nuestras plataformas sociales. Estoy muy agradecido por este recurso y ruego al Señor que lo use para fomentar la sabiduría en los cristianos, para que sean sal y luz en este mundo de reactividad necia”.

John Perritt, autor; director de recursos de *Reformed Youth Ministries*; anfitrión del podcast *The Local Youth Worker*

“Paul David Tripp ofrece no solo un diagnóstico preciso y aleccionador de nuestros días, sino también un plan de acción esperanzador para que podamos mejorar. Tripp se dirige acertadamente a la iglesia: la ira no solo está allá afuera, también está aquí. Y nos recuerda el evangelio con acierto. Al terminar el libro, sentí una paz renovada en nuestro Dios bueno y soberano, así como un renovado deseo de honrar al Señor en línea, en persona y en mi propio corazón”.

Jen Oshman, autora de *Basta de mí y Engaño cultural*

reactividad

reactividad

Cómo el evangelio
transforma nuestras
acciones y reacciones



Paul David Tripp

Mientras lees, comparte con otros en redes usando:
#reactividad

Reactividad

Cómo el evangelio transforma nuestras acciones y reacciones

Paul David Tripp

© 2026 por Poiema Publicaciones

Traducido y publicado con su debido permiso del libro *Reactivity: How the Gospel Transforms Our Actions and Reactions* © 2022 por Crossway; 1300 Crescent Street Wheaton, Illinois 60187, U.S.A.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de La Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional* © 1999, 2015, 2022 por Bíblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla NBLA han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-75-2

SDG

*Para el mejor equipo ministerial. Ustedes son dedicados,
fieles y más inteligentes que yo. Me siento bendecido porque
Dios los puso en mi camino y porque puedo compartir
con ustedes este ministerio.*

CONTENIDO

Introducción 11

1. Reactividad 15
2. Conversación sana 31
3. Pecado 43
4. Gracia 57
5. Identidad 71
6. Gloria 83
7. Eternidad 95
8. Abnegación 107
9. Límites 121
10. Valores 135
11. Dignidad 149
12. Presencia 161

Notas 170

Índice de las Escrituras 171

INTRODUCCIÓN

No soy un crítico cultural experto ni analista de medios digitales, pero creo profundamente que siempre es útil analizar cualquier situación que estemos enfrentando personalmente, en la comunidad cristiana y en la cultura circundante, a través de la perspectiva de las Escrituras y del evangelio. Me he guiado por esta disciplina en cada libro que he escrito. En cada libro me pregunto: “¿Cómo se vería esto desde la perspectiva del evangelio?”. Para la mayoría de las personas, el evangelio es un medio de justificación pasada y un destino futuro. De forma gloriosa, el evangelio es ambas cosas, pero también nos proporciona, aquí y ahora, una forma de ver, un medio de interpretación, una guía para la comprensión y una manera de vivir. Las verdades del evangelio, su consuelo y su llamado nos proporcionan una nueva forma de comprender y afrontar todo lo que sucede en nuestra vida. El evangelio es el regalo gratuito de Aquel que prometió darnos todo lo que necesitamos, no solo para la vida eterna, sino también para la piedad, es decir, una vida que

honre a Dios desde el momento en que nos recibe como Suyos hasta que regresamos a casa para estar con Él.

Es importante recordar que tu Biblia es integral y completa, no exhaustiva. No lo dice todo acerca de todo. Si fuera minuciosa, tendría que ser transportada en cinco camiones de 18 ruedas a la iglesia el domingo. Hay muchas cosas para las que la Biblia no es fuente de información. Pero tu Biblia es integral y completa; si bien no te dice todo acerca de todo, sí te ofrece un lente a través del cual verlo todo. Es con este entendimiento que he escrito este libro. Mi meta es proveerte lo que necesitas para entender nuestra cultura actual, en particular la cultura de las redes sociales. El propósito de este libro es analizar la cultura de la reactividad tóxica, que parece afectarnos a todos a diario, a través de los lentes del evangelio. Cuando observamos los temas dominantes de nuestra cultura de esta manera, encontramos comprensión, claridad, llamado, esperanza y una nueva dirección. He dedicado mi vida a desentrañar la gloria, la belleza y la profundidad del evangelio. Este es el camino al que Dios me ha llamado, y planeo permanecer en él hasta que llegue al otro lado.

Vivimos en el bullicio de un mundo confuso de miles de voces. En medio del ruido, es difícil escuchar los pensamientos de uno mismo. Y con el poder de los medios digitales, es casi imposible escapar de la cacofonía y tener suficiente silencio para meditar y evaluar. Llevamos un pequeño dispositivo en el bolsillo o en el bolso que nos conecta con miles de opiniones sobre miles de temas cada día. Personas que se autoproclaman influyentes nos dicen cómo debemos pensar y cómo debemos reaccionar. Ningún tema, por pequeño o profundamente significativo que sea, queda sin ser abordado. Parece como si todos tuvieran algo que decir acerca de todo. Esto crea confusión, y la confusión no es un estado saludable ni seguro.

Necesitamos desesperadamente algo en nuestra vida que pueda trascender el ruido de todas las opiniones, ayudarnos a pensar correctamente y a responder adecuadamente a las cosas que enfrentamos ahora y a las que enfrentaremos en el futuro. Me encanta cómo Dios habla de Su propia verdad en Proverbios 1:

Para adquirir sabiduría y disciplina;
 para discernir palabras de inteligencia;
 para recibir la corrección que dan la prudencia,
 la rectitud, la justicia y la equidad;
 para infundir prudencia en los inexpertos,
 conocimiento y discreción en los jóvenes.
 Escuche esto el sabio y aumente su saber;
 reciba dirección el entendido,
 para discernir el proverbio y la parábola,
 los dichos de los sabios y sus enigmas.
 El temor del SEÑOR es el principio del conocimiento;
 los necios desprecian la sabiduría y la disciplina (Pro 1:2-7).

Permíteme explicarte qué dice Dios acerca de Su verdad y qué debe hacer esta por nosotros. Primero, Dios quiere que sepamos que Su verdad es *práctica*, para la vida real. Está diseñada para impactar y moldear tu vida diaria (“la corrección que [da] la prudencia”, “reciba dirección el entendido”). Quiere que sepas que Su verdad establece un *marco moral* con el que puedes evaluar cualquier cosa (“la corrección que dan [...] la rectitud, la justicia y la equidad”). Quiere que sepas que Su verdad *satisface las necesidades de todos* (“para infundir prudencia en los inexpertos, conocimiento y discreción en los jóvenes. Escuche esto el sabio y aumente su saber”). Y quiere que sepas que Su palabra te ayuda

a *comprender misterios* que de otro modo no entenderías (“para discernir el proverbio y la parábola, los dichos de los sabios y sus enigmas”). Esto es lo que una perspectiva bíblica, centrada en el evangelio, hace por ti mientras te toca lidiar con los problemas que te presionan a diario.

Este libro no es un análisis científico o sociológico exhaustivo del momento cultural actual, sino que nos invita a ponernos el lente del evangelio y a observar la naturaleza y el tono de las conversaciones que se dan entre nosotros en persona y, de forma más específica, en los medios de comunicación que utilizamos a diario. Mi esperanza es que analizar *qué* nos decimos unos a otros y *cómo* lo decimos desde la perspectiva del evangelio no solo nos informe, sino que también nos convenza y nos transforme, para que, como comunidad del evangelio, nos mantengamos por encima de la toxicidad que parece estar por todas partes y brillemos como una ciudad en la cima de una colina en un mundo que se encuentra tristemente oscurecido.

1

REACTIVIDAD

Publiqué mi primer tuit en febrero de 2009. Había estado observando el auge de internet y luego el auge de lo que ahora llamamos redes sociales. Mientras observaba, me di cuenta de que la forma en que la comunidad humana se conectaba y se comunicaba estaba a punto de atravesar un período de cambio radical. Pensé que estos nuevos medios basados en internet podrían ser herramientas poderosas para la expansión del evangelio de Jesucristo. Decidí que publicaría solo contenido relacionado con el evangelio (excepto mi divertida página personal de Instagram). Más de trece mil tuits después, todavía me levanto cada mañana, me siento en la sala de nuestro departamento y tuiteo tres pensamientos sobre el evangelio. Haré esto mientras pueda porque, sin moverme de mi silla, puedo alcanzar a personas de todo el mundo con las maravillosas verdades de la persona y la obra de Jesucristo, y puedo ayudarlas a conectar esas verdades con su vida diaria. Literalmente, millones de personas han sido alcanzadas por el evangelio desde mi silla

en esa pequeña habitación en Filadelfia. ¡Qué herramientas tan increíblemente poderosas han sido puestas en nuestras manos!

Pero hay un problema con las herramientas. El martillo que se usa para construir una casa también se puede usar para romper una ventana en un robo. El destornillador que se usa para ensamblar algo útil se puede usar para apuñalar a alguien en un ataque de ira. Lo mismo ocurre con las redes sociales. El Twitter de hoy (llamado X) no es el Twitter de 2009. Me sorprende una y otra vez la oscuridad que ahora alberga. Gran parte de esa oscuridad reside en la forma en que las personas se comunican protegidas detrás de una pantalla y un teclado remotos. Nunca publico nada que no sea el evangelio y su llamado a la vida diaria, pero he recibido las respuestas más desagradables, a menudo difamando mis creencias, carácter y motivos. Me han dicho que soy marxista, que he abandonado el evangelio e incluso que ya no soy cristiano.

A menudo, por las cosas irrespetuosas que la gente ha publicado sobre mí, es evidente que no han leído la publicación completa. Han reaccionado a un título o a una frase inicial. Es una reacción de mecha corta que se ha vuelto demasiado normal. Debido a su reacción rápida, la comunicación es acusatoria, carente de amor y cruel, y el contenido es en gran medida inútil. Procuro vivir como un humilde estudiante de las cosas de Dios. No creo estar exento de la necesidad de corrección. Sé que aún tengo mucho que aprender. Creo profundamente en el ministerio santificador y esencial del cuerpo de Cristo. Creo que mi fe, y la teología que la define, es un proyecto comunitario. Creo que la corrección en amor trae gracia. Pero cuando la comunicación se transmite con disgusto, no beneficia a nadie. Las respuestas irrespetuosas rara vez contribuyen a cosas buenas en la vida de quien las recibe. Este tipo de respuestas reactivas no solo deshonran al receptor, sino también a

Dios. ¿Cómo no se te va a romper el corazón al leer las respuestas desagradables, despectivas, irrespetuosas y acusadoras a las publicaciones de hombres y mujeres sabios y piadosos?

El Twitter que yo consideraba una herramienta maravillosamente poderosa para el bien del evangelio ahora se considera una fosa, un lugar oscuro y abusivo. Incluso hay una nueva jerga para describir esa oscuridad. Atacar a personas buenas y bienintencionadas con respuestas abusivas se conoce en redes sociales como “troleear”. Y, lamentablemente, allá afuera hay muchísimas personas que trolean. Esta oscuridad reactiva es tan grande que mis amigos en el ministerio a menudo sienten la necesidad de tomarse un descanso de Twitter, es decir, alejarse por un tiempo de la oscuridad. Las reacciones carentes de sabiduría, las que no están moldeadas por el amor, las carentes de respeto, las que no se evalúan primero con un autoexamen honesto, las que son más críticas que correctivas, las que son impulsadas por el orgullo en lugar de la humildad, y las impulsadas más por la emoción que por la reflexión profunda, nunca producen nada piadoso ni bueno.

Pero, lamentablemente, la cultura de la reactividad no se limita a las redes sociales. Consideremos nuestra cultura política actual. Parece que los días del discurso cívico, reflexivo y respetuoso han quedado atrás. El espíritu de cooperación, alimentado por la dignidad y el respeto, necesario para el funcionamiento de la política y el gobierno, parece estar muerto o agonizando. Las figuras políticas parecen ser más hábiles gritándose insultos que participando en debates dignos y productivos. Tan solo el proceso de nominación del candidato republicano de 2016 debería habernos dejado conmocionados y entristecidos. La hostilidad reactiva, escenario tras escenario, fue una vergüenza para la democracia que decimos defender. Mientras demócratas y republicanos se insultan, es

muy difícil que se lleve a cabo el trabajo que se supone que deben realizar en nombre de los ciudadanos a los que representan. Si el carácter realmente importa en la política y el gobierno, entonces la prevalencia de esta reactividad hostil debería entristecernos y preocuparnos.

Pero lo que ha impulsado la creación de este libro es la presencia de esta cultura de la reactividad en otro ámbito esencial. Lamentablemente, esta cultura de comunicación disruptiva y disfuncional ha infectado y manchado la iglesia de Jesucristo. Cuando Jesús estaba en Sus últimos momentos de tierna enseñanza a Sus discípulos, les dio palabras destinadas a prepararlos para una vida de fe después de Su ascensión, diciendo: “De este modo todos sabrán que son Mis discípulos, si se aman los unos a los otros” (Jn 13:35). Medita en estas palabras. Jesús dice que la marca de un discípulo, el principal distintivo de que has sido visitado, rescatado y transformado por la gracia, no es tu destreza teológica, tu ingenio, tu capacidad para ganar una discusión, el éxito de tu ministerio, la cantidad de seguidores, tu habilidad para atraer vistas a tu perfil, tu capacidad para poner a alguien en su lugar o la fuerza de tu comunicación. No, es una sola cosa: el amor.

Amar al prójimo no es natural en nosotros. Debido al egoísmo del pecado, el amor humilde que ayuda a los demás y honra a Dios siempre es el resultado de la intervención divina. Como dice Juan, la razón por la que tenemos la capacidad de amarnos unos a otros es porque primero fuimos amados por Dios (1Jn 4:19). Juan incluso llega a decir: “Queridos hermanos, amémonos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios y todo el que ama ha nacido de Él y lo conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor” (1Jn 4:7-8).

Puesto que Dios *es* amor, todo aquel que lo conoce y vive en comunión con Él debería tener una vida caracterizada por el amor. Detente un momento, deja este libro, saca tu Biblia y lee 1 Juan 4. El argumento de Juan sobre la centralidad motivacional del amor en la vida de cada hijo de Dios es contundente. ¿Llevas tú esta marca central del discipulado? ¿Está todo lo que dices moldeado por él? ¿Cada reacción que tienes está matizada por él? ¿Es la cualidad de carácter por la que se te conoce? ¿Expresas tu punto de vista, pero a costa del amor? ¿Reaccionas sin tomarte el tiempo necesario para que el amor moldee esa reacción? ¿Te motiva más una crítica ingeniosa que una respuesta humilde, paciente, amable y amorosa? Muchos reaccionamos de una manera que está muy por debajo del estándar establecido en 1 Juan 4.

Muchas de las reacciones oscuras en Twitter sobre las que escribí antes fueron, lamentablemente, de un cristiano a otro cristiano. A diario leo respuestas a publicaciones de parte de cristianos que carecen de amor: duras, dañinas y egocéntricas, enviadas sin tener en cuenta el daño que causan al autor, al lector y a la reputación del pueblo de Dios. Pero quiero enfatizar una vez más que esta falta de amor no es solo parte de la cultura de las redes sociales; la vemos en las reacciones cotidianas en el cuerpo de Cristo.

Regularmente soy mentor de catorce jóvenes en el ministerio, con quienes me reúno individualmente. Creo que este es quizá el trabajo más importante que estoy haciendo en esta etapa de mi vida. Cada vez que voy a reunirme con uno de mis colegas, me llena un sentimiento de honor por lo que hago. El haber sido elegido por Dios para esta obra y tener algo que ofrecerles demuestra el poder de la gracia divina, que interviene y transforma. En mis conversaciones con estos maravillosos hombres, he escuchado una y otra vez las respuestas desagradables e irrespetuosas que

han recibido de personas a quienes se han esforzado por amar y servir. Pero lo que más me ha impactado, preocupado y entristecido es que muchas de esas reacciones desconsideradas y sin amor llegaron a través de un mensaje de texto, escrito a la mitad del sermón del pastor. Piensen en esto. La persona ni siquiera estaba dispuesta a que su respuesta se viera moldeada por el resto del sermón. El escritor no se tomó el tiempo de considerar cómo sería para el pastor leer el texto poco después de haber abierto su corazón durante la predicación.

Varios pastores me han hablado de su temor a los correos electrónicos de los lunes por la mañana, donde con demasiada frecuencia se cuestionan sus motivos, teología o carácter por algo que dijeron en un sermón, un anuncio, una conversación en el pasillo o alguna otra cosa que hicieron o dejaron de hacer durante o después de una reunión dominical. Un pastor me dijo: “el lunes es el día más difícil para mí, no solo porque el domingo es emocional y físicamente agotador, sino por los correos electrónicos y mensajes de texto que recibo de las personas que amo y sirvo”. Siempre que escucho a un pastor decir esto, resuenan de fondo las palabras de Jesús: “De este modo todos sabrán que son Mis discípulos”. Por supuesto que todo pastor está en proceso de santificación y es imperfecto. Por supuesto, en algún momento, todo pastor dirá y hará cosas equivocadas. Por supuesto que todo pastor joven tiene áreas en su corazón, comunicación, carácter y conducta que necesita madurar. Por supuesto, todo pastor es miembro del cuerpo de Cristo y, como todos los demás, necesita su ministerio para crecer. Pero no hay lugar para respuestas oscuras, reactivas, irrespetuosas, críticas y dañinas hacia él y su ministerio.

Me temo que esta cultura reactiva también se vive en nuestros hogares, donde a menudo nuestras reacciones mutuas se ven más influenciadas por emociones exaltadas que por un amor humilde,

compasivo y paciente. En nuestros hogares, los destellos de irritación, ira, dolor e impaciencia impulsan nuestras reacciones mucho más de lo que estamos dispuestos a admitir. Seamos honestos: no es inusual que la comunicación entre esposos sea reactiva en lugar de constructiva. Estas respuestas carecen de reflexión bíblica, se forman más por la emoción que por la meditación y brindan más calor que luz. Lo mismo ocurre con la crianza de los hijos. Es muy fácil, como padres, reaccionar emocionalmente de maneras que no ayudan y que, sin duda, no impulsan la crucial labor de transformación del corazón que nuestros hijos necesitan.

Esta es la preocupación de este libro: la reactividad no es algo nuevo; se remonta al Jardín del Edén. Lo que sí es nuevo es que esta forma de responder se ha normalizado cada vez más. Me temo que nos hemos acostumbrado a aquello en lo que Twitter y otras redes sociales se han convertido. A menudo hemos aceptado pasivamente la degradación de nuestro discurso político. Los pastores se han acostumbrado a las críticas que reciben con frecuencia cuando los miembros de la congregación reaccionan contra ellos y su labor ministerial. Nos sentiríamos muy avergonzados si gran parte de nuestras conversaciones familiares se transmitieran en público. No podemos, *no debemos*, normalizar una cultura de reactividad que es más una cultura de daño que una cultura de gracia. Te necesito y tú me necesitas, pero si seguimos agrediéndonos, tarde o temprano dejaremos de hablar. Este deterioro en la comunicación y su impacto en las relaciones, las cuales, según la Biblia, son esenciales para la obra continua de redención y transformación de Dios, no está bien.

Por el poder de la asombrosa gracia de Dios, podemos hacerlo mejor. Por lo tanto, quiero comenzar nombrando aspectos de nuestras respuestas mutuas que no podemos permitir que se normalicen,

y luego, en el resto del libro, quiero proponer una mejor manera de responder. En muchos sentidos, lo que voy a proponer no es nuevo porque tiene sus raíces en la sabiduría antigua de la Palabra de Dios y su tema central, el evangelio de Jesucristo.

NO NORMALICES LO QUE DIOS LLAMARÍA ANORMAL

Dios ha dejado claro que la norma para Sus hijos debe ser el amor. Es por lo que el mundo que nos escucha y observa debe reconocernos. Debemos ser reconocidos no solo por la pureza de nuestra teología, sino también por la coherencia de nuestro amor. Este amor es el nuevo mandamiento que Jesús dejó a Sus discípulos en Sus últimos días con ellos: “que se amen los unos a los otros. Así como Yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros” (Jn 13:34). El estándar para nuestras respuestas mutuas no es solo un estándar de amabilidad cultural o amor humano. El estándar es nada menos que el amor generoso, sacrificial, puro, perdonador y fiel que Dios tan generosamente ha derramado sobre nosotros en la persona de Su Hijo.

Ahora bien, aquí hablaré por mí mismo: este tipo de amor no es natural para mí. Si voy a vivir según lo que Dios ha elegido como norma para Sus hijos, debo empezar por confesar lo completamente ajeno que me resulta este tipo de amor y clamar por Su gracia redentora y transformadora. Verás, no necesito ser liberado de las personas que me rodean, que parecen difíciles de amar, ni ser transportado a una comunidad habitada por personas más fáciles de amar. No, lo que necesito es ser rescatado de mí mismo, porque hasta que nuestro Señor regrese, seguiré siendo una persona imperfecta, viviendo cerca y relacionándome con personas imperfectas en un mundo caído. En el mundo que acabo

de describir, la norma de Dios solo es el resultado de la poderosa obra de Su gracia.

Así pues, debido a la claridad de Su llamado a amar y a Su promesa de gracia capacitadora, hay cosas que no podemos permitir que se normalicen en nuestras reacciones cotidianas.

1. *La normalización de las respuestas impulsadas por las emociones.* En la imperfección propia de nuestra santificación en curso, seremos impactados poderosamente por emociones convincentes y motivadoras. A veces será dolor, a veces miedo, a veces irritación, a veces enojo. Si te dejas llevar por esas emociones, harás y dirás cosas que no deberías hacer ni decir. Así que, si quieres vivir el tipo de respuestas a las que Dios te ha llamado, tienes que ser bueno en decir “no”. No me refiero a un “no” de la cultura de la cancelación a otras personas. Lo que quiero decir aquí es decirte no a ti mismo. Decir no a donde te lleva ese enojo espontáneo, no a donde te puede llevar el miedo, y no al dolor que a menudo te hace querer herir a otros. ¿Cómo puedes hacer esto? Dios sabía que entre el “ya” y el “todavía no”, tu lucha con el pecado remanente sería tan grande que hizo más que solamente prometerarte perdón. Dios entró en ti por medio de Su Espíritu. El Espíritu que vive en tu interior te bendice con el poder de decir no a donde te lleven las emociones descontroladas y de tomar una dirección más restringida y amorosa. Lo que de otro modo sería imposible para ti es posible gracias a la presencia y el poder del Espíritu, y eso es algo muy bueno y alentador.

2. *La normalización de las respuestas impulsadas por la ira.* Aunque ya hablé del enojo, quiero prestarle más atención. No hace falta una observación minuciosa para concluir que vivimos en una cultura enojada. La indignación de algún tipo, dirigida a alguien que ha causado alguna ofensa y que debe pagar de alguna manera,

nos asalta a diario. El nivel de intolerancia volátil, incluso ante pequeñas debilidades, errores u ofensas, debería preocuparnos a todos. Estamos furiosos y te lo haremos saber. Ten mucho cuidado con lo que publicas o dices, porque hay muchos lectores y oyentes enojados, listos para responder con venganza.

Al reflexionar sobre la situación de enojo actual, las palabras de Santiago me han venido a la mente una y otra vez: “mis queridos hermanos, tengan presente esto: Todos deben estar listos para escuchar, pero no apresurarse para hablar ni para enojarse; pues el enojo de una persona no produce la vida justa que Dios quiere” (Stg 1:19-20). Que seamos conocidos por estar dispuestos a escuchar, tardos para hablar y no ser propensos a reacciones de ira repentinas.

3. *La normalización de respuestas irrespetuosas.* El nivel de crueldad, desdén y burla descarada que se vive en Twitter (y otras redes sociales) dentro de la comunidad cristiana es impresionante y desalentador. Ser teológicamente correcto no te da derecho a ser cruel. Defender una verdad bíblica no justifica burlarse de la persona con la que estás en desacuerdo. Defender lo que estás convencido de que es correcto no te da permiso para cuestionar el pensamiento y la integridad de quien ha adoptado otra postura. La teología, bien entendida y vivida, jamás producirá maldad, misoginia, falta de respeto, burla ni crueldad de ningún tipo. Produce todo lo contrario.

Escucha las palabras de Pablo, quien expresa que si la verdad que dicen creer y comprender no resulta en amor, entonces quizá no la comprendan tan bien como piensan: “debes hacerlo así para que el amor brote de un corazón sincero, de una buena conciencia y de una fe honesta. Algunos se han desviado de esa línea de conducta y se han enredado en discusiones inútiles. Pretenden ser

maestros de la Ley, pero en realidad no saben de qué hablan ni entienden lo que con tanta seguridad afirman” (1Ti 1:5-7).

¡Qué palabras tan directas y convincentes! Oremos por gracia para siempre mantener unidos la verdad y el amor, y no estar dispuestos a abandonar el uno por el otro.

4. *La normalización de las respuestas soberbias.* La humildad cambia radicalmente la forma en que respondemos al pecado, la debilidad, el fracaso, la inmadurez, el error o la oposición de los demás. Si admites cuán capaz eres de equivocarte, que tú también puedes ser desconsiderado u orgulloso y que te cuesta tener paciencia, entonces es mucho más difícil atacar. Y si sabes más, comprendes con mayor profundidad y has llegado a posturas bíblicamente correctas, lo has logrado solo por la intervención de la gracia divina.

La humildad complica el criticar, desestimar o juzgar rápidamente a los demás porque sabes que eres uno de ellos. Es fácil juzgar a las personas con la ley que estás convencido de que guardas completamente. Es fácil reaccionar rápidamente con juicio ante lo incorrecto cuando estás convencido de que casi siempre tienes la razón. Es muy fácil ver a los demás como débiles e inferiores, cuando no han estado a la altura del estándar que define la forma en que creo que vivo. Es fácil negarme a escuchar cuando he juzgado a otra persona por tener poco que ofrecer a alguien como yo. La soberbia convierte a la comunidad humana en un lugar tóxico y peligroso, donde la indignación y el juicio están a la vuelta de la esquina, donde la honestidad es peligrosa y opinar tiene su precio. Un espíritu de siempre tener la razón nunca producirá respuestas pacientes, humildes y amorosas hacia los demás. La verdad es que ninguno de nosotros tiene nada de valor que no haya recibido y, si lo recibimos, no debemos jactarnos de tenerlo ni maltratar a quien parece no tenerlo (ver 1Co 4:7).

5. *La normalización de respuestas vengativas.* Un vistazo rápido a las respuestas en Twitter revela que no es inusual que las respuestas no solo debatan, reprendan o confronten, sino que también causen daño. Una persona herida por una publicación responde de una manera calculada para herir, dañar la reputación de otra persona o incluso intentar acabar con su carrera. Esto es lo que debemos recordar: la ira vengativa siempre es el resultado de alguien que intenta hacer el trabajo de Dios. Solo hay un juez del corazón. Solo hay uno capaz de impartir un juicio perfectamente santo y justo. Considera las poderosas y prácticas palabras del apóstol Pablo, en un pasaje que parece escrito para la cultura reactiva actual:

No paguen a nadie mal por mal. Procuren hacer lo bueno delante de todos. Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos. No tomen venganza, queridos hermanos, sino dejen el castigo en las manos de Dios, porque está escrito: “Mía es la venganza; yo pagaré”, dice el Señor. Antes bien, “Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Actuando así, harás que se avergüence de su conducta”. No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien (Ro 12:17-21).

Qué humillante es admitir que aún tenemos momentos en los que nos sentimos tentados a hacer lo que solo Dios puede hacer, es decir, impartir el juicio que creemos que otra persona tanto necesita. Por eso, esta exhortación siempre es necesaria y oportuna. Las instrucciones de Pablo son claras y, si se siguieran, transformarían nuestra cultura de reactividad. Nunca pagues mal por mal, jamás. Siempre vence el mal con el bien. Deja la venganza en manos del Señor. Cuando Pablo dice: “dejen el castigo en las manos de Dios”,

está diciendo: “apártate del camino de Dios y deja que Él haga lo que solo Él puede hacer”. La ira humana, que usa la venganza como arma y da rienda suelta a la justicia propia, nunca produce nada bueno. Hacer mal ante el mal solo multiplica el mal. Solo el bien ante el mal producirá una cosecha de cosas buenas.

6. *La normalización del individualismo.* Las reacciones irrespetuosas, despectivas, vengativas, burlonas, que juzgan las motivaciones y condenan nunca producen una comunidad sana, amorosa, vulnerable, honesta, reconciliada y unida donde se fomente la confesión, el arrepentimiento y el perdón. Esta es la clase de comunidad que Dios diseñó cuidadosamente para que vivamos. Por Su sabio plan, no es bueno que vivamos solos. Nacemos con la necesidad de relacionarnos. Cada vida es un proyecto comunitario. Por eso, siempre debemos responder unos a otros con humildad reconociendo que nos necesitamos mutuamente. Esto significa responder de maneras que fortalezcan nuestra comunidad, profundicen nuestros vínculos y estimulen una comunicación sincera y amorosa.

Las reacciones agresivas e impulsivas ante algo con lo que no estás de acuerdo o que te ha perturbado de alguna manera son reflejo de un individualismo descontrolado. Es como responder: “no te necesito, esto es lo que pienso de ti y no me importa lo que esto le haga a nuestra relación”. Si sigues atacándome cuando hablo, dejaré de hablarte. Si eres creyente, la vida que Dios ha planeado para ti es completamente relacional. Por eso Jesús oró para que fuéramos uno como la Trinidad es una. Por eso Pablo dice que debemos hacer todo lo posible por preservar la unidad del cuerpo de Cristo. Por eso se nos manda perdonar como Dios nos ha perdonado. Por eso estamos llamados a decir la verdad, pero a decirla con amor. No somos pequeñas islas humanas; no, por diseño de Dios estamos conectados en una comunidad interdependiente. Negar

nuestro diseño relacional fundamental permite que una cultura de reactividad debilite nuestra confianza mutua y la comunidad de interdependencia que es esencial para todos nosotros.

7. *La normalización del amor a la controversia.* Cabe señalar que existe una diferencia importante entre el amor a la pureza teológica y a la integridad intelectual, y el amor a la controversia. Nuestra cultura de reactividad es una cultura que está al acecho de la controversia. Lo impulsa la emoción de ese acecho y ese momento brillante en el que desenvainas tu arma, apuntas y aprietas el gatillo verbal. Es disfrutar viendo cuántas balas se necesitan antes de que la persona caiga. El amor a la controversia, tristemente, considera a los demás seres humanos no como tu comunidad, sino como tus víctimas. Y lo que te da alegría no es el proceso complicado del amor, sino la emoción de haber vuelto a capturar a tu presa.

Un amor por la verdad que no produce una vida de amor es en realidad un amor por algo más que se disfraza de amor por la verdad. La teología que no produce una vida de amor es mala teología. Aferrarse a tus ideas de una manera que produce un estilo de vida que ama el pleito más que aquello por lo que vale la pena luchar te impide usar la verdad como debe ser. Todos nos encontraremos con momentos de controversia, pero es el amor por ella lo que nunca produce nada bueno.

8. *La normalización del tribalismo.* Siempre es más fácil reaccionar ante un grupo del que no formamos parte. Nadie lleva un cartel en una protesta que diga: “Mi tribu es el problema”. El objetivo de nuestra comunicación no debe ser preservar el poder de nuestra tribu, sino crear una cultura de respeto, relación, dependencia mutua y aprendizaje entre tribus. Dios obra en nosotros y a través de nosotros algo que no nos es natural. Él trabaja para derribar las barreras que nos separan. “Ya no hay judío ni no judío, esclavo

ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús” (Ga 3:28). Dios no busca destruir las distinciones de etnia y género que Él creó, que lo glorifican e impulsan la obra que se propone realizar en nosotros, sino que, por gracia, trabaja para transformar nuestra forma de pensar y responder a esas distinciones. Por designio del Creador, no solo necesitamos personas como nosotros; necesitamos desesperadamente personas diferentes a nosotros. La comunidad que Dios busca crear no es tribal; es universal, uniendo a todas las tribus en una sola.

Nuestra cultura de reactividad es una cultura de tribalismo. El mensaje que comunicamos es: “no te respeto porque no respeto a tu tribu, así que te responderé de maneras que nunca se me ocurriría responderle a alguien de mi tribu”. Esto significa que vivo en una cultura tribal de pensamiento y acción grupal, sin beneficiarme jamás de las perspectivas desafiantes y potencialmente transformadoras de alguien de otra tribu. Estamos demasiado divididos, separados en grupos raciales, políticos, teológicos, étnicos, económicos, de género, edad y clase. Construimos muros, no puentes. Nos gritamos por encima del muro, pero no nos detenemos a escuchar, reflexionar y aprender. Hacemos suposiciones desinformadas que convierten a quienes podrían ayudarnos en enemigos, mientras creemos que sabemos más y, por eso, no los necesitamos a “ellos”. Incluso reaccionamos contra los nuestros cuando creemos que están construyendo puentes y no reforzando nuestros muros. El tribalismo genera guerras interminables y deja muchas víctimas, pero nunca crea la comunidad esencial para que podamos llegar a ser lo que Dios quiso que fuéramos y vivir juntos como Él nos creó para vivir.



Al llegar al final de este capítulo, se instaló en mí la convicción. La convicción es algo bueno y no debe resistirse. Es Dios dando ojos para ver y abriendo corazones para recibir. La convicción es nuestro Padre celestial acercándonos y manteniéndonos cerca. Es importante confesar que las cosas que he dicho que no podemos permitir que se normalicen todavía me tientan y, a veces, lamentablemente, me resultan demasiado naturales. Estoy seguro de que tú podrías confesar lo mismo. Ojalá pudiera decir que todas mis respuestas, tanto escritas como verbales, son pacientes, amorosas, respetuosas y consideradas. Ojalá pudiera decir que siempre digo la verdad con amor. Ojalá pudiera decir que todas mis respuestas están libres de ira dañina. Ojalá pudiera decir que nunca hay un momento en el que prefiera tener la razón en lugar de amar. Ojalá pudiera decir que nada de lo escrito en este capítulo está dirigido a mí, pero no puedo.

Escribo como un hombre necesitado de gracia y agradecido de que la gracia de Dios no solo perdona, sino que empodera. Y no solo empodera, sino que transforma. La presencia y el poder de esta gracia son la esperanza y el fundamento de este libro. Por gracia no estamos abandonados a nuestros instintos antisociales, a nuestro orgullo tribal ni al hecho de que la venganza a menudo nos resulta más atractiva que el perdón. No estamos a merced de nosotros mismos. La gracia que Dios nos ofrece no es un regalo único. No, Él nos da abundantemente gracia sobre gracia. Confesemos juntos que también nos sentimos tentados a participar en esta cultura de reactividad y, al confesar, corramos hacia el único que puede ayudarnos, porque solo Él tiene el poder de transformar los pensamientos, deseos, motivos y decisiones de nuestro corazón.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *Reactividad*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!